

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

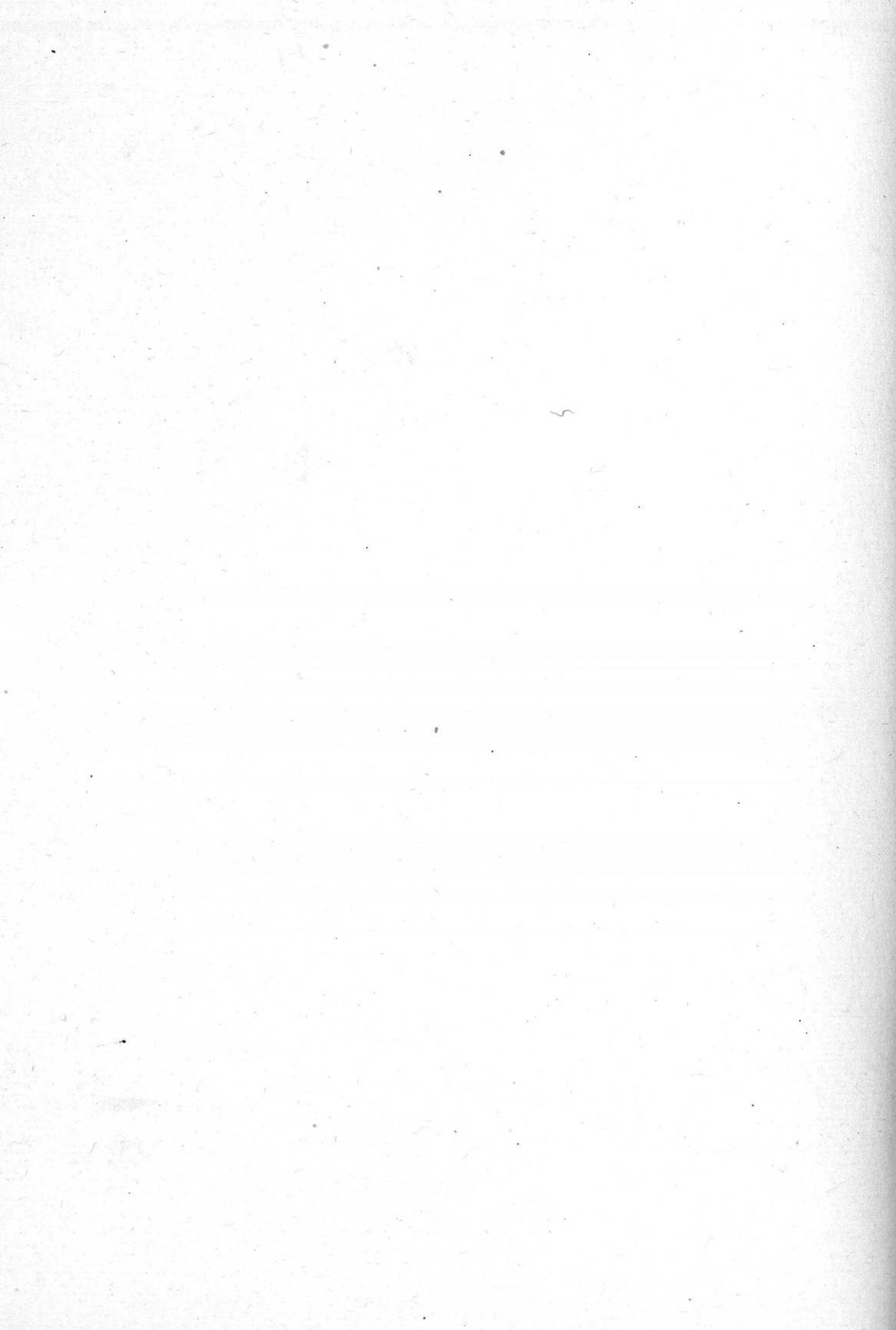
2 . º É P O C A

Año 1955 - Número 71



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



038

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **320**

ARCHIVO HISTÓRICO
Y
BIBLIOTECA
Y
MUSEO



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1955



Tomo XXII
Número 71

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1955

M A Y O - J U N I O

Número 71

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. José Rubio Rivas.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza. Secretario, D. José Andrés Vázquez.

S U M A R I O

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

- Enrique M.^a de Vargas Zúñiga, S. I.—*El coronel don Miguel Velarde. Para la historia contemporánea de Sevilla.* (Dos ilustraciones fuera de texto)..... 221
- Miguel Romero Martínez.—*Ramillete de versiones líricas*..... 239
- Miguel Lasarte Cordero.—*Mayorazgos y últimos descendientes de la nobleza estepeña.* (Diez y seis grabados en el texto)..... 253

MISCELANEA

- Francisco López Estrada.—*Datos sobre poesía sevillana. Un inmediato comentario de las rimas de Jáuregui (1618)*..... 281
- M. Lisardo Bowie.—*La Cruz de Mayo en tierras andevaleñas.* (Dos ilustraciones fuera de texto)..... 285
- * * * *Premios y Becas de la Excma. Diputación* (Patronato de Cultura)..... 289
- LIBROS: Varios..... 189
- CRÍTICA DE ARTE: *Pintura, Escultura y Grabado*, por J. Guerrero Lovillo..... 301
- CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia.*—*Octubre, 1947* (conclusión)..... 309

ARTICULOS ORIGINALES

EL CORONEL DON MIGUEL VELARDE

PARA LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA
DE SEVILLA (*)

POR línea paterna perteneció don Miguel Velarde y Menéndez-Valdés a una de las primeras familias de la Montaña, uno de los cuatro famosos linajes rectores de la celeberrima Santillana del Mar, allí radicado al menos desde el siglo XIV. Estirpe immortalizada sobre todo por el célebre héroe del Dos de Mayo de 1808, y, tomada en conjunto, de las que con toda verdad pueden adjetivarse de ilustres, por haber producido, con una profusión extraordinaria, una serie muy grande de personajes notables o distinguidos, entre los que abundan los sobresalientes en el ámbito religioso. Afirmaciones cuya exactitud podrán comprobar en el Apéndice del trabajo que ahora comenzamos los aficionados a estos estudios; quienes no podrán menos de experimentar verdadera sorpresa al conocer sintéticamente el valor real de la Casa de Velarde, que ni siquiera pudo vislumbrarse en la obra genealógica de Escagedo Salmón, por haber ésta quedado incompleta. Muy pocas casas españolas podrán presentar una colección similar de Prelados, Prebendados, Abadesas de las Huelgas, militares, fundadores, escritores o personas sobresalientes en virtud.

Argumento de gran peso para quienes ponen en tela de juicio, tratándose de Caracterología, el factor herencia biológica, o no tienen en cuenta las constantes históricas familiares.

Mucho debió el coronel don Miguel Velarde a su esfuerzo y a su valer personales; pero al nacer recibió ya un rico patrimonio espiritual que supo administrar y acrecentar perfectamente.

Dentro de los Velarde estaba don Miguel, afiliado a la misma rama que don Pedro, el gran héroe, quien hubiera debido ser el Mayorazgo de ella de no haber premuerto a su padre. Aunque primo hermano de don Pedro, don Miguel nació cerca de 47 años después que el invicto capitán, y

(1) El presente trabajo encabeza la *Introducción* de un libro de su autor, todavía inédito, titulado «El coronel Miguel Velarde, los príncipes de Orleans y la guerra hispano-marroquí de 1859-1860. Con documentos inéditos. Nos es especialmente grato ofrecer a los lectores el *Archivo Hispalense* las primicias del nuevo libro de su colaborador ilustre P. Vargas Zúñiga.

cuando hacía 18 que éste había inmolado por la Patria su vida generosa. La explicación del hecho estriba en que tanto en la generación de estos dos militares como en la de sus padres, los hermanos fueron muy numerosos.

Procedía esta rama de los Velarde de Santillana; pero, por un ventajoso enlace con la gran Casa de Ceballos, se había asentado algún tiempo en el lugar de Bóo, del valle de Piélagos; y, finalmente se había establecido en Muriedas, aldea próxima a Santander.

Padre del varón cuya semblanza trazamos fué don Julián Velarde, Herrera, de la Puente y Rivero. Perteneció a nuestra gloriosa Marina de guerra, y joven todavía fué nombrado comandante de Marina del puerto de Gijón, donde contaba con parientes ilustres. Allí casó brillantemente con doña Ignacia Menéndez-Valdés de Cornellana y de Peón, joven señora procedente de dos de las primeras familias de su villa natal y de toda Austria, emparentada por su madre con la que fué vizcondesa de Jorbalán y San Micaela del Santísimo Sacramento, que llevó también la sangre de los caballeros de Peón, originarios del lugar del mismo nombre, y tan ilustres como en su Principado en la gran ciudad de Méjico.

Así fué cómo don Miguel Velarde nació en Gijón el día de su glorioso Patrono, 29 de septiembre de 1826, después de otros tres hermanos fallecidos en la niñez o en la primera juventud.

Notemos de paso que por mucho que se investigue en todas las direcciones en la ascendencia de don Miguel Velarde y Menéndez-Valdés, sólo se encontrará sangre cántabra; montañesa y asturiana por mitad. Porque era tradición entre esa nobleza no contraer nunca matrimonios fuera de su región y de sus círculos sociales.

La buena madre de nuestro biografiado murió siendo él pequeñísimo.

Poco después, teniendo unos cuatro años, sufrió él mismo un accidente que pudo costarle la vida, y resultó una curiosa lección. Lo paseaba su niñera por el muelle de Gijón. Se distrajo la mujer hablando con alguien, y dejó solo al pequeño. Al corretear éste inconsciente por el borde de los muelles, de repente cayó al agua. Sin inmutarse gran cosa, comenzó el niño inmediatamente a nadar como un perrillo, sacudiendo manos y pies a compás. Se mantuvo así en el agua hasta que a los gritos de la alarmada niñera acudieron algunos hombres de mar, y le sacaron sin que hubiera sufrido ningún daño. Don Miguel conservó vivo el recuerdo de esta escena; y la refería como prueba de que el nadar es también cosa instintiva en el hombre cuando no la impide o estorba el miedo.

Perdió la vida el capitán de navío don Julián Velarde y Herrera, comandante de Marina del puerto de Gijón, cuando su hijo Miguel tenía únicamente ocho años. Los abuelos paternos y maternos del niño habían muerto ya también. A él y a sus hermanitos Cosme y María los recogió el poseedor del Mayorazgo de su Casa, don Joaquín Velarde y Santiyán, hermano segundo del héroe don Pedro.

Las tropas napoleónicas, furiosas por las consecuencias del gesto y

del sacrificio de aquel magnífico capitán de Artillería, verdadero iniciador de la gloriosa guerra de la Independencia, que cambió la suerte del coloso, arrasaron sistemáticamente las propiedades todas de esta rama de la familia Velarde, hasta tal punto que la arruinaron. Y en medio de esta ruina tan honrosa transcurrieron el resto de la infancia y la adolescencia de don Miguel Velarde.

Su bisabuelo se había enlazado con los Puentes de Muriedas; y desde entonces, o poco después, se trasladó allí la Casa del Mayorazgo desde Bóo de Piélagos, probablemente por ser más importantes los bienes que poseían cerca de Santander. A esta circunstancia se debió el nacimiento en aquel lugar del héroe del Dos de Mayo.

En Muriedas pasó don Miguel Velarde cosa de seis años, sosegada y alegremente, aunque con la modestia impuesta por la ruina. Así resultó reintegrado a su tierra paterna, a la que cobró entonces un amor extraordinario, que ya no le abandonó en toda la vida.

Su tutor y padre adoptivo le llevaba unos 45 años, aunque era primo hermano suyo. Al tiempo de recoger a él y a sus hermanos se había ya retirado del Cuerpo de Artillería, como coronel, para cuidar de su mer-mado patrimonio, puesto que tenía nada menos que diez hijos. Clemente, el menor de todos ellos, luego general, tenía casi la misma edad que el recién llegado Miguel; y ambos crecieron y se quisieron como verdaderos hermanos.

Señora de aquel hogar, animado con 13 vástagos, era la muy bondadosa doña Petra González de Zuloaga y Herrera, cuyos apellidos indican su depurada nobleza cántabra.

El ambiente de la casona de Muriedas resultaba cristianísimo y siempre muy señorial, no obstante las estrecheces económicas. Tal cosa era general en esta familia de Velarde. Sus miembros de uno y otro sexo solían tener un carácter y una figura exterior de los más depurados y distinguidos, y una exquisita cortesanía, que con toda facilidad se adaptaban a las grandes urbes y a los sectores sociales más refinados, aunque ellos apenas hubiesen salido antes de sus solares enclavados en aldeas. Una calurosa cordialidad reinaba entre ellos, y eran siempre delicada y sinceramente hospitalarios. Verdadera y hermosa parentela o fraternidad enteramente patriarcal y cristiana.

Tenemos noticias de algunos de estos hogares en que el padre enseñaba en el salón a las hijas cómo habían de recibir y saludar y tratar en las visitas, o cómo habían de conducirse en los teatros de las grandes ciudades. El padre había residido en la Corte o en alguna otra ciudad importante. Y las hijas al llegar a Madrid apenas llamaban la atención como provincianas o lugareñas. Pormenores ingenuos, que tal vez hoy aparezcan ñoños, pero que denotan el buen tono que reinaba en estas familias, acompañado de la paz, a la que tanto contribuyen las buenas formas, grandes conservadoras de los efectos y aun de los amores.

En Muriedas y en Santander completó Miguel Velarde sus primeros estudios. En 1841, con 14 años, aprobó en el Real Instituto Cantábrico un Curso de Matemáticas con muy buenas calificaciones. Era la preparación para el servicio de las armas, al que le destinaban su tutor y su inclinación. Su padre fué marino; su tutor artillero; y en la morada de éste estaba vivo el recuerdo de la gran gloria familiar, el héroe del Dos de Mayo.

Don Joaquín, previa prueba acreditativa de la nobleza por los cuatro costados, solicitó para Miguel una plaza de Guardia Marina; y para Cosme, su hermano, y Clemente, sobrino de ambos, plazas de Caballeros Cadetes en el Colegio de Artillería de Segovia.

Los tres puestos le fueron concedidos; pero los nombres de los dos hermanos fueron trastrocados en el expediente, y Miguel resultó designado Caballero Cadete de Artillería, mientras su hermano Cosme quedó de Guardia Marina. Por cierto que éste se mareó toda su vida siempre que estuvo embarcado; cosa que no le impidió, por la tenacidad cántabra, alcanzar el grado de Contralmirante.

Miguel estaba ya muy bien instruido en religión; y llegó en tan excelentes condiciones culturales a Segovia que, al dar los exámenes de ingreso en 1841, incluso adelantó un curso.

Como Caballero Cadete sobresalió también en todos sentidos en la Academia. Tanto, que el último año fué uno de los tres Brigadieres de la Campaña, honor sólo concedido a los más altamente conceptuados por su laboriosidad, saber y comportamiento.

A Subteniente de Artillería ascendió por elección, y obtuvo también un premio especial en la Escuela de Aplicación del Arma, donde continuó y acabó con máximo brillantesz los estudios y prácticas de Artillería y de Industria militar.

Un mes antes de que cumplierse los 20 años era ya un lucido teniente del Cuerpo en el que era tan glorioso su apellido. El conjunto realmente excepcional de sus dotes lo hizo en las Escuelas de Segovia, como luego en todas partes, altamente estimado de sus jefes y queridísimo de sus compañeros.

Su tutor y primo don Joaquín, a quien él por la gran diferencia de edad llamaba tío, le dijo entonces que había ya hecho por él cuanto podía y que en adelante debía arreglárselas económicamente por sí solo. No se olvide que el Mayorazgo menguado tenía diez hijos y que Miguel podía vivir ya con su sueldo. Si recibió algunos bienes procedentes de sus padres, fueron muy cortos. Pero el joven oficial, destinado entonces al Regimiento de La Coruña, supo armonizar siempre una severa y cuidadosa administración con un modo de vivir a la vez digno y elegante. Y la

primera onza de oro que ganó por su propio esfuerzo no la gastó. La conservó toda su vida y la legó a una de sus nietas, como un símbolo.

Al poco tiempo de estar en Coruña ya le encargaron sus jefes del desempeño de comisiones que indicaban su valer. Una fué —por ejemplo— la dirección de maniobras de diferentes fuerzas militares que había en la plaza. ¡Y esto, un teniente! Por su parte mostró allí el mucho celo y cuidado que ponía en todo al solicitar una autorización —que le fué concedida— para llevar a cabo un reconocimiento de la artillería y municiones del fuerte de San Antonio, por haber observado el mal estado en que esta defensa patria se encontraba.

Poco más de un año llevaba en La Coruña cuando fué trasladado a Madrid a fines de 1847. Era una época en que las fiestas en la capital del Reino eran continuas, y en que Isabel II daba ya no poco que murmurar con sus muchas desenvolturas y libertades. El teniente de Artillería don Miguel Velarde, además de un trato exquisito y de una cultura extensa ya, tenía una magnífica figura y perfectos modales. Su estatura considerablemente alevada, sus facciones todas muy armoniosas, la cabeza más bien pequeña pero airosa, la mirada clarividente y penetrante, la tez finísima y muy bien coloreada, sin que por ello padeciese lo más mínimo el perfecto porte viril: eran prendas físicas suyas. Hermano de su tutor era el conde de Velarde, muy bien relacionado y situado en Madrid; y su próximo pariente don José de Posada Herrera ocupaba ya una elevada posición política. El vestía tan bien sus uniformes de artillero como el frac azul y el calzón corto de seda. En todas partes era perfectamente recibido por todo eso y estaba lleno de esperanzas su porvenir.

Pero su valer intelectual y profesional dentro de su Arma impuso su Profesorado, que él aceptó sin duda de buena gana; porque a su seriedad no cuadraba nada el ambiente ligero de los salones altos de Madrid; ni la mera vida de guarnición allí le satisfacía.

Así, sin dejar de estar destinado en la Plana Mayor del Arma en Madrid, fué agregado al Colegio de Artillería de Segovia cuando acababa de cumplir 21 años. Tan bien lo hizo que al año siguiente le fué dada una plaza de ayudante de profesor en propiedad; pero por falta de personal en la Academia y por su gran competencia, desempeñó la mayor parte de las cátedras de profesor de la Escuela por espacio de tres años casi enteros. Aritmética, Álgebra, Geometría, Trigonometría, Cálculo diferencial e integral, Geometría descriptiva, Dibujo y Prácticas de Topografía; todo esto enseñó el joven oficial Velarde, consumado matemático, de los 22 a los 25 años. Y, en el primer semestre de 1851, tuvo además a su cargo la clase de los candidatos que ingresaban en el Colegio de Artillería, adelantando tiempo. Todo ello con su serenidad y su afabilidad de siempre, con su carácter ideal, que tan grato lo hacía a sus alumnos y a sus compañeros de profesorado.

Pero esto no bastaba para uno de los oficiales más sobresalientes de

su Cuerpo. Empezaron a confiársele las más importantes y delicadas comisiones para que estudiase, en unión con los capitanes Sanchiz y Enrile, todo lo referente a la artillería y al armamento en España y en el extranjero.

Comenzaron los comisionados por visitar detenidamente los establecimientos de industria militar en Toledo, Trubia, Sevilla y Barcelona, e informaron cumplidamente al Director general del Arma de Artillería de su estado. Aquí tenemos un primer contacto de don Miguel Velarde con Sevilla, que había de ser su patria adoptiva, y donde él llegaría a ser una figura social muy relevante durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX.

Vieron después los tres artilleros en Francia algunos Centros militares análogos a los españoles, bastante prósperos en aquella época de los comienzos del segundo Imperio.

Luego estuvieron en Wurtemberg y en Prusia, enterándose de algunas novedades introducidas en sus Ejércitos. El teniente Velarde, que recibió entonces por sus méritos el grado de capitán de Infantería, conocía perfectamente el francés; y el alemán lo entendía, aunque no lo hablaba.

En Bélgica era intensa la lucha política entre liberales y católicos por cuestiones de enseñanza y de centralismo o autonomismo. Pero la industria había ya adelantado mucho en el reinado de Leopoldo I. Por eso los tres comisionados españoles estuvieron una larga temporada en Lieja para determinar y fabricar un determinado modelo de carabina, del que se enviaron dos mil piezas a nuestras tropas de la Isla de Cuba.

A continuación los señores Sanchiz, Enrile y Velarde visitaron los establecimientos holandeses de industria militar.

Todas estas visitas, y los estudios, informes y planes que a consecuencia de ellas remitieron los comisionados al Director general del Arma, merecieron la plena aprobación de éste. Y una vez terminadas lo pusieron al corriente de todo. En Wurtemberg, por ejemplo, subsistía una tradición militar muy buena. Su fabricación de fusiles y de cañones era de las más perfectas del mundo; y la ciudad de Stuttgart estaba muy adelantada. En Prusia no se había repuesto aún el Ejército de la debilidad en que lo sumió Napoleón; pero la industria iba adquiriendo un serio desarrollo paralelo a la cultura y la prosperidad, que eran grandes, no obstante el desacuerdo político existente entre Federico Guillermo IV y los liberales imitadores de los franceses, numerosos ya en el país.

Tanto se distinguió en todos estos trabajos el teniente-capitán Velarde, y tal era la confianza que inspiraban su competencia y su persona a sus jefes y al mismo Gobierno, que éste dispuso que pasase sólo a Dinamarca y Suecia para conocer a fondo lo relativo a cureñas y cañones de sus Ejércitos, en los que había novedades importantes. En los dos países escandinavos pasó Velarde todo el año de 1854.

En Dinamarca reinaba Federico VII, casado con una mujer humilde, pero sin hijos. La prosperidad era ya allí considerable. Se administraba bien, habían progresado mucho las vías de comunicación, y la cultura popular estaba muy extendida. El famoso pensador protestante Soren Kierkegaard emitía sus últimos destellos geniales; y ya era también célebre el límpido cuentista Juan Cristián Andersen. Pero determinaba malestar no pequeño la espinosísima cuestión de los Ducados de Schleswig y Holstein, recién vencidos materialmente por Dinamarca, pero espiritualmente insumisos y deseosos de unirse a la Confederación germánica.

Suecia estaba todavía más adelantada en lo material y en la instrucción del pueblo; y eran en esta época muy notables sus progresos industriales y comerciales. Reinaba, ya anciano, Oscar I, hijo del célebre Bernadotte, nacido también en Francia, culto, autocrático como su padre, aunque más blando, pues no quiso firmar ninguna sentencia de muerte, y era inclinado a la filantropía. La embriaguez, tan generalizada en este país, había disminuído mucho. También comenzaban a resquebrajarse las barreras, antes infranqueables, entre la nobleza, el clero y el pueblo; y el mismo rígido e intransigente luteranismo sueco comenzó por entonces a ceder algo, pues se suprimieron las *penas que castigaban la falta de asistencia a sus templos*. Mediante los numerosos diarios e impresos se iban abriendo camino el liberalismo. Cuanto al Ejército se mantenía potente y muy bien armado, como en tiempos de Carlos XIV, nombre que adoptó el antiguo general napoleónico.

¡Cuántas cosas vió y aprendió el inteligentísimo y muy culto don Miguel Velarde en todos estos viajes y países! ¡Cómo se desarrollaron en su edad juvenil sus altas y múltiples dotes merced a todos esos contactos! Sus prendas hicieron que fuera perfectamente recibido en todas partes, aun en las esferas protestantes, a pesar de su acendrado catolicismo. Su prudencia, su tacto, su discreción, su delicadeza, su caballerosidad, su cortesanía, que eran sumos pero nada vocingleros y y como ignorados de él mismo, le abrieron todas las puertas y le allanaron todos los obstáculos.

De todo lo relativo a su comisión en Escandinavia, muy concienzudamente desempeñada, remitió Memorias y planos al Director general de Artillería, que quedó sumamente complacido con ellos.

Durante las comisiones de que acaba de tratarse, le fué concedido, en atención a sus méritos, el grado de comandante de Infantería. Era una curiosa anomalía que existía entonces para con los miembros insignes del Cuerpo de Artillería, que no admitía más ascensos que los de la antigüedad. Así se premiaban los más altos servicios, con honores y aumentos de sueldo, por los mismos altos jefes de ese Cuerpo, y se tenían grados a los que no correspondían empleos. El de capitán de Artillería llegó muy

poco después a don Miguel Velarde y Menéndez-Valdés cuando aún tenía sólo 28 años.

Es nombrado entonces profesor numerario de la Escuela de Aplicación de Segovia, donde enseña con brillantez Topografía y Geodesia. Al mismo tiempo dirige en la Maestranza de Artillería de esa ciudad la construcción de un modelo prusiano de graneador de pólvoras, que debía después ser fabricado en serie.

Pero era muy natural que un hombre del carácter y del temple de Velarde, que estaba lejos de ser un mero especulativo u hombre de ciencia, aspirase a tener mando de tropas y a no descuidar este aspecto dinámico de su carrera brillante. Además es muy probable que pensara ya en la creación de su hogar; y para esto y para el ejercicio de sus notables dotes sociales no podía resultarle propicio el restringido ambiente de Segovia. Lo cierto es que durante el curso mismo de 1855 se hizo destinar al Regimiento de Artillería de Sevilla. Pero sus colegas de profesorado debieron retenerle hasta el fin de los exámenes, y no se incorporó a su nuevo destino hasta fines de julio. ¡Buena época para pasar de Segovia a Sevilla y *disfrutar* en ésta del verano!

La magnífica labor de Velarde en el profesorado había sido premiada por entonces con el grado de teniente coronel de Infantería, cuando tenía 29 años.

Algo más de año y medio permaneció esta vez en la capital de Andalucía, donde después había de deslizarse la mayor parte de su existencia. Sus primeros contactos con ella lo habían encantado. La suavidad, el buen gusto y el equilibrio de Sevilla encajaban plenamente con su idiosincracia. Por esta época debieron conocerlo los duques de Montpensier, que quedaron sumamente prendados del conjunto singular de sus cualidades.

Pero Segovia volvió a necesitarlo. La Escuela de Aplicación de su Arma lo pidió con tal empeño al Ministerio de la Guerra que, a requerimiento de éste volvió a enseñar allí durante el segundo semestre de 1857, pues para él los deseos de sus superiores eran órdenes.

Mientras tanto, desde que volvió del extranjero, había sido Velarde miembro de varias Comisiones que fueron designadas para examinar el nuevo material de artillería.

Era, pues, también competentísimo ingeniero. Y en conjunto uno de los primeros miembros de su Cuerpo, todo él muy distinguido técnicamente dentro de nuestro Ejército, y el más aventajado de todos cuanto a los valores sociales.

No sorprende así que, al crearse en mayo de 1857 el Cuerpo de Estado Mayor de Artillería de la Armada, al frente del cual se puso al talentado inventor don José González-Hontoria, se pensase en darle como segundo jefe a don Miguel Velarde. En cuando terminó el curso en Segovia fué ascendido por elección a teniente coronel del nuevo Cuerpo, y



Ilmo. Sr. Coronel don Miguel Velarde y Menéndez-Valdés, en 1864,



S. A. R. el príncipe Gastón de Orleans, conde d'Eu, subteniente de Húsares de la Princesa, en la batalla de Tetuán.

(Este cuadro y la foto anterior se encuentran en el Palacio de Orleans, de Sanlúcar de Barrameda, y se publican por cortesía de su propietario S. A. R. Don Alfonso de Orleans, infante de España).

nombrado Subdirector de su Academia, establecida en San Fernando, y también de la Escuela de Condestables. Con la actividad y diligencia que le eran propias, y mostrando una nueva faceta de su gran personalidad, organizó perfectamente el primer Centro y modificó el plan de estudios del segundo, ya para principios del año 1858.

Poco duró en este empleo el teniente coronel Velarde. Su brillantísima carrera militar iba a ser inesperadamente truncada. En marzo de 1858, el ya infante de España duque de Montpensier fué creado capitán general de nuestro Ejército, con derecho a dos ayudantes. Estusiasmado con un jefe de tan altas prendas y de tan exquisitos modales como don Miguel, consiguió del Gobierno Isturiz y de la Reina que se lo diesen como primer ayudante. En el cambio de destino salió perdiendo España, que hubiese tenido un general excepcional, y salió perdiendo la Artillería. El interesado hubo de aceptar resignado y deferente el honor que se le brindaba; pero consideró siempre que había segado en flor la carrera que tanto amaba. Imponiéndole además el gran sacrificio de abandonar para siempre su querida Artillería, a la que tan magníficamente había servido, y pasar al Arma de Infantería, todo lo gloriosa que se quiera, pero para él extraña hasta entonces, por no permitir otra cosa, con arreglo a las disposiciones vigentes, su nuevo empleo. Determinó éste el rumbo del resto de su vida, como se verá después.

En el Palacio de San Telmo, de Sevilla, donde residían los duques de Montpensier, se ganó inmediatamente el teniente coronel Velarde las voluntades de todos; y en especial fué de una vez para siempre la persona de máxima confianza de Su Alteza Real la infanta doña María Luisa Fernanda de Borbón, la hermana de la Reina Isabel, tan diferente de ésta, para fortuna suya.

Todavía quiso la Providencia que no tardara en presentarse a don Miguel Velarde una última y magnífica ocasión de demostrar de una manera nueva sus grandes dotes militares. Fué en la guerra hispano-marroquí. Declarada ésta a fines de 1859, tuvo empeño especial en tomar parte en esta vindicación del honor y de la causa de España, no obstante su destino palaciego, que parecía lo habría de impedir. Y su interés de buen militar lo acrecentaba la circunstancia de que sus empleos del profesorado y de las Comisiones en el extranjero no le habían permitido todavía tomar parte en ninguna campaña. Lo celebraba él cuanto a las contiendas civiles; pero no le sufría el corazón no combatir contra los que entonces eran los seculares enemigos de nuestra religión y de nuestra Patria.

Rogó, pues, al infante que lo dejara partir. Accedió el duque, no sin ponerle limitaciones de tiempo; y el Ministro de la Guerra lo destinó a las órdenes inmediatas del general en jefe don Leopoldo O'Donnell, pre-

sidente del Consejo de Ministros. Este tuvo al principio su Cuartel General en Cádiz, donde era comandante de Marina entonces don Cosme Velarde, hermano de nuestro biografiado.

El 27 de noviembre tuvo lugar el desembarco en Ceuta del general O'Donnell con su séquito. Y ya el 30 tomó parte el teniente coronel Velarde en la dura acción que se libró en las alturas cercanas a aquella plaza, comunicando personalmente a las tropas en combate varias órdenes del general en jefe. El 9 de diciembre participó, con misiones semejantes, en la cruenta batalla de Sierra Bullones, y se batió con gran denuedo en las guerrillas más avanzadas, dirigiendo varias de las magníficas cargas a la bayoneta, que decidieron el triunfo. Y esto de una manera espontánea y como improvisada. ¡Era un Velarde y un español de cuerpo entero!

El general O'Donnell tenía noticias de su maestría artillera. Y el día 15 ordenó que dirigiese los disparos de una sección de Artillería. Helo aquí, impensadamente, reintegrado de momento a su querida carrera. Y fué su actuación tan acertada que dispersó y puso en fuga a las tropas moras reunidas en el desfiladero de Anghera. Acción de tal importancia que, por ella, y por su méritos anteriores, recibió en el campo de batalla del general en jefe la Cruz de San Fernando de primera clase. ¡Bien acreditó la conjunción de su valor sereno y heroico con su ciencia consumada! Y toda su vida le duró la satisfacción de haber ganado legítimamente la más alta condecoración militar de España.

En las acciones y encuentros de los días 20, 22, 25 y 29 de diciembre no cesó el teniente coronel Velarde de comunicar, con inteligente precisión, órdenes de O'Donnell, y, seguramente con sus asesoramientos, ganó la Artillería las posiciones que se habían designado por el Mando. El 1.º de enero toma parte desde el amanecer en los combates librados al marchar el Ejército al valle de los Castillejos. A las cuatro de la tarde el general Zavala, que iba a socorrer a Prim, queda sin ayudante de campo a consecuencia del fuego de los moros. El general en jefe ordena que se ponga a su disposición el teniente coronel Velarde. Este tuvo que comunicar varias órdenes en lo más álgido de la tremenda lucha, y para ello, dejando su magnífico caballo propio, marcha a pie, por ser sumamente frágil el terreno. En una ocasión de este día tuvo que salvar un barranco casi inaccesible, y para ello que pasar a muy corta distancia del enemigo sufriendo su fuego, que lo puso en gravísimos peligros.

Estuvo también Velarde en los reconocimientos, combates, pasos y contraataques verificados el 2, 4, 6, 8, 10 y 12 de enero, soportando valeroso las grandes penalidades y fatigas que implicó todo eso.

El día 13 ordenó O'Donnell que se colocase a su disposición en Ceuta un vapor transporte para que fuese a recoger a Cádiz a Su Alteza Real el subteniente de Húsares de la Princesa, príncipe Gastón de Orleáns, conde d'Eu, quien debía agregarse también a su Cuartel General. Los

duques de Nemours y de Montpensier, padre y tío del príncipe, habían pedido a la Reina y al Gobierno que este joven de 17 años, sin ninguna experiencia militar, estuviese en la campaña, en la que iba a tomar part, al especial cuidado del teniente coronel Velarde, persona de la máxima confianza para los de Orleáns. Recibido el conde por Velarde, éste lo presentó el 21 de enero al general en jefe. Estaba el Ejército en las márgenes del Uad-el-Jelú. El duque de Nemours, que llevó a su hijo hasta Cádiz, se quedó allí a la expectativa de la suerte del joven, quien no hablaba una palabra de español. El dominio del francés que tenía Velarde le permitía expansionarse con éste y recibir sus advertencias y consejos.

Poco más de un día había transcurrido desde su llegada cuando tuvo ocasión de poner a prueba su valor. Hacía una semana que había llegado con sus seis mil hombres la División del general Ríos. El día 23, una avanzadilla de sus fuerzas franqueó una laguna de la llanura de Tetuán, y al tratar de chocar con un enemigo muy superior en número estuvo a punto de ser envuelta. Se envió a socorrerla un batallón. Pasó éste la laguna y fué en ayuda de los suyos. Pero la Caballería mora trataba seriamente de envolver estas tropas, separadas por el terreno pantanoso del resto del Ejército español. Hubieron los nuestros de formar el cuadro y luchar terriblemente contra los jinetes. Ordenó entonces el general O'Donnell al general Galiano que, con dos escuadrones del Regimiento de Caballería de Farnesio, fuese a salvar a toda costa a los amenazados, apoyado por la Artillería. El teniente coronel Velarde pidió permiso al general en jefe para agregarse con S. A. R. el conde d'Eu a estas fuerzas liberadoras. E hizo esto en el tiempo que pasaban al galope los Lanceros delante del Cuartel General. Cargó Velarde con estas tropas sobre el enemigo, en unión de su regio encomendado, de manera brillantísima y a la vez sumamente caballerosa, pues en todo momento guardó al príncipe de los ataques enemigos con su caballo y con su propio cuerpo. Las fuerzas comprometidas quedaron liberadas, y nuestro don Miguel fué recompensado por O'Donnell en el campo de batalla con el grado de coronel, al par que daba allí al conde la Cruz de San Fernando.

La escena de esta carga fué luego perpetuada en un gran lienzo por el pincel elegante de Winterhalter, pintor de los Orleáns y de otros príncipes, entre los que está, como es notorio, la emperatriz Eugenia.

También participó meritoriamente el ya coronel Velarde en la fuerte y costosa acción del 31 de enero, Y, por último, se señaló notablemente, asimismo, en la gloriosa y brillante batalla de Tetuán, del 4 de febrero, en la que fué asaltado el campamento marroquí. El día 6 entró con el Cuartel General en la ciudad mora, y asistió a la consagración de la Mezquita como iglesia católica. Todos estos méritos constan puntualmente en la brillantísima hoja de servicios de don Miguel. Nótese que a ellos debió absolutamente todos sus grados y ascensos.

Bien hubiera él querido permanecer en Africa hasta el fin de aquella campaña, que ya podía preverse próximo, por lo muy quebrantado que se encontraba el enemigo. Pero su jefe inmediato era el duque de Montpensier, y no tuvo otro remedio que conformarse con las terminantes indicaciones de éste. Ya creía el infante haber mostrado con él una gran condescendencia dejándole estar más de dos meses apartado de su lado. Ahora quería a toda costa que lo acompañase en su próximo viaje a Inglaterra para visitar a su madre la Reina Amelia y despachar asuntos suyos, y además deseaba complacer también a su otro ayudante, don Felipe de Solís, valiente extremeño que le rogaba reiteradamente le dejase tomar a él alguna parte en aquella contienda.

Grandemente satisfecho quedó don Antonio de Orleáns del brillantísimo comportamiento y gran prestigio de su primer ayudante en aquella campaña africana y del lucimiento que había oportunamente proporcionado al príncipe su sobrino. No olvidó éste nunca los solícitos cuidados y el exquisito comportamiento que con él tuvo en todo momento el coronel Velarde. El cual, por su parte, siempre recordó complacido la guerra de Africa. Muchas veces lució en ella, como se ha entrevisto, su gran valentía reflexiva y serena, propia de varones de alta raza y de talento preclaro. En más de 20 años que convivimos con él íntimamente jamás le oímos ni una alusión a sus ascensos por méritos, a su magnífico profesorado, a sus comisiones oficiales en el extranjero, que tanto le honraban. Tal era su modestia, casi excesiva. Hemos tenido que estudiar su hoja de servicios y su archivo para enterarnos de todo esto. A lo único que él aludía alguna vez era a su Cruz de San Fernando. Tanto le había recompensado los heroísmos que desplegó para merecerla y los grandes peligros que le habían costado.

Con el infante estuvo en 1860 en Inglaterra, único gran país dirigente que le faltaba por conocer en Europa. Conoció a la Reina Victoria y a toda su orgullosa Corte en aquel período del esplendor máximo de Albión. La impresión que guardó fué favorable.

Pese a sus 34 años y al empeño de la bondadosa infanta doña Luisa Fernanda por casarle, no llegaba a asomar en su horizonte ningún proyecto de boda serio. *Fernán Caballero*, decidida y cariñosa admiradora de don Miguel Velarde, a quien llevaba 30, se ocupaba también de ésto. Esperaba ella un matrimonio del coronel con la marquesa de Moctezuma, en la creencia de que existía entre ellos una mutua inclinación. En ese sentido escribió a una amiga suya en 1861. «Cartas» coleccionadas y anotadas por el M. R. padre fray Diego de Valencina, Madrid, 1919, pp. 229-230].

La elegida no fué la que la ilustre escritora había supuesto; pero,

por línea materna, pertenecía a una casa con la que estaba unida en íntima amistad. Era la hija única del primer matrimonio del insigne Regente de la Audiencia de Sevilla don Juan José González-Nandín y de Agreda-Tejada, Caballero de Montesa, con su prima hermana doña María Teresa de Agreda-Tejada y Dominé, de la casa de los condes de Casa de Agreda y prima hermana de la princesa de Anglona y duquesa de Uceda, por su madre.

Los González-Nandín y los Agreda-Tejada eran casas de buena nobleza antigua, aunque no de tanto relieve como los Velarde. Ambas familias habían figurado o figuraban entonces en la primera línea social de Cádiz, de Sevilla y de Jerez de la Frontera. Fueron notables un tiempo las reuniones que en su magnífica mansión de la calle Guzmán el Bueno dió en la capital de Andalucía la ingeniosa doña María Manuela de Agreda, madre del Regente.

El coronel Velarde debió conocer a Julia González-Nandín y de Agreda-Tejada en alguna de las fiestas del Palacio de San Telmo, a las que, como primera autoridad de Sevilla, asistía necesariamente su padre.

Era Julia cristianísima, profundamente piadosa, muy inteligente, modesta, apacible y bella. Además era dueña de una cuantiosa fortuna, heredada de su madre, que perdió al nacer. Había tenido una educación esmeradísima. Escribía tan bien que todas sus cartas, aun las de pocos renglones, eran dignas de una antología; porque resultaban perfectas, aunque el asunto fuese baladí, como *un pésame*, o una simple felicitación *de cumplido*. La instrucción que recibió y asimiló fué excepcional en su tiempo, sobre todo en Literatura, en Historia y en Francés; aunque nunca hizo la menor ostentación de ella. Hacía a veces versos humorísticos, pero sin herir para nada a nadie. Se comprende que el conjunto de estas cualidades morales, intelectuales y culturales era el que había de llenar a don Miguel Velarde en una época en la que la mujer española solía estar poco cultivada y hasta ser muy frecuentemente ignorante. De otro modo no hubiera sido posible la compenetración con un hombre de tanto valer y saber. Ella era doce años menor que él. Pero el coronel Velarde estaba perfectamente conservado merced a su perfecta salud y a su conducta intachable.

El matrimonio, que había de ser tan ejemplar y tan dichoso, se celebró con toda solemnidad en el Palacio de San Telmo el 7 de enero de 1864. Los apadrinaron los infantes, y fué un notable acontecimiento social en Sevilla, donde ya eran estimadísimos los contrayentes. La mayor diferencia entre ellos era la de la estatura, exigua en la novia y prócer en Velarde. Este tenía una prematura calvicie, que, con todo, no perjudicaba gran cosa a su magnífica figura. Usaba finos bigotes algo engomados y una pequeña *mosca* militar, según la moda de aquel tiempo.

La infanta doña Luisa Fernanda mantuvo siempre una estrecha amistad con la señora de Velarde, y cuando estaban separadas le escribía

muy afectuosamente y con frecuencia. Fué doña Julia González-Nandín con el tiempo la primera presidenta en Sevilla de la Obra de las Doctrinas a Obreros, fundada por la sierva de Dios doña Dolores Sopena, en unión del P. Tarín, ambos muy estrechamente relacionados con la señora de Velarde. Por cierto que en el ejercicio de este apostolado tuvo ésta un rasgo que la pinta y que la honra de manera singular. Una enfermedad llegó a impedirle casi del todo andar, y pareciéndole entonces que no podía cumplir bien con su cargo de presidenta de la Obra, no contenta con dejarlo en manos de su buena amiga la santa condesa de Casa-Galindo, se ofreció humildemente, ante las instancias para que continuase, a trocarlo por el de secretaria, ya que su caligrafía era tan magnífica como sus dotes de redactora.

Cuanto al coronel Velarde, seguía mostrando siempre en todo una superioridad y una autoridad naturalísimas y saturadas de agrado y de suave simpatía. Hasta a los hijos de los infantes llegaba. Todos ellos, además de quererlo mucho, lo respetaban de manera extraordinaria.

En octubre de 1868 le fué concedido el empleo de coronel de Infantería, pues hasta entonces había tenido sólo el grado; pero él, enteramente disconforme con la actuación política del duque de Montpensier y con la participación que en ella hacía tener a la infanta, pidió seis meses más tarde el retiro, que le fué otorgado. Tenía sólo 42 años de edad.

Desde entonces cesó como ayudante de Campo del infante. Aunque continuó siendo en el orden privado para la familia Montpensier, y más especialmente para la infante y sus hijos, el rendido amigo y el muy leal consejero y auxiliar, siempre dentro de la intimidad y de ningún modo cuanto a la política.

Se entregó desde aquella época turbulenta y revolucionaria al cuidado de su hogar y de sus bienes. Fué invariablemente marido fidelísimo, a pesar de que la Providencia le sometió en este punto a fuertes y peligrosas pruebas, según certificó su propio confesor —un grave religioso capuchino— a quien esto escribe. Con su mujer era siempre sumamente deferente y delicado. Ella sentía por él una admiración muy fundada. Con sus hijos se mostraba don Miguel Velarde bondadoso pero firme, y severo alguna vez que lo estimó necesario. El y doña Julia estaban enteramente compenetrados; pero ella se colocaba siempre, modestamente, en segundo término. Eran muy hospitalarios. Sobre todo en las fiestas primaverales de Sevilla invitaban con frecuencia a algunos familiares de los que tenían hijas jóvenes. Esto, hoy extendido, era entonces raro.

La mesa de los Velarde-González Nandín era abundosa y espléndida; pero don Miguel, en todo refinado y pulquérriero, siempre se mostraba muy sobrio. En todas las comidas se hacía servir una copa de buen vino que apenas probaba. Era un obsequio tácito que hacía a su fiel y castizo

criado Fernando, que llegó a ser una institución en la casa, y formaba con su señor gracioso contraste.

El matrimonio era muy caritativo. En particular socorría a multitud de religiosas pobres; las cuales, al llegar San Miguel o Santa Julia y en otras ocasiones, solían mostrar su agradecimiento con pequeños obsequios de valor escaso. El coronel, siempre sentencioso, y finalmente humorista, como muchos buenos ingenios, solía exclamar entonces: «Regalito de monjas, faneguita de trigo». En la calle nunca negaba él su óbolo al pobre que se lo pedía; y casi siempre añadía unas palabras de afecto o algún consejo oportuno y cordial.

Hubo en Sevilla durante bastantes años un periodiquito que no compraba casi nadie. No se vendía en la calle. Su propietario, persona muy modesta que procuraba vivir con eso, era a la vez el director y el redactor único. Comprometía a quien podía para que se suscribiese a la publicación. Don Miguel Velarde estaba suscrito a varios ejemplares para ayudar a aquel periodista pobre y creo que viejo, y de vez en cuando añadía algunos donativos al importe de sus suscripciones.

Con toda su familia era el coronel afectuosísimo. En los aniversarios, en los onomásticos, cumpleaños y otras fechas señaladas, no faltaba nunca su recuerdo. Personalmente cuidaba de que se enviaran a tiempo y con diligencia todos los regalos de Navidad que el matrimonio hacía, y eran numerosos.

Los veranos solía pasarlos con los suyos en la Montaña, ordinariamente en El Astillero, próximo a Muriedas, donde se había deslizado la mayor parte de su infancia. Y, entonces, sobre todo, fomentaba los cordiales lazos que le unían con cuantos llevaban su noble sangre paterna, con ese hermoso concepto patriarcal de la familia, corriente entre estos Velarde.

Don Miguel fué un pintor sumamente discreto de afición, máxime en el paisaje. Dejó bastantes cuadros, agradables todos. Pero su modestia le hizo no ponerlos en vida a la vista y recatarse siempre de hablar de esta su aptitud.

En Sevilla fué el coronel Velarde hasta su muerte una figura social muy preeminente; y esto por su gran superioridad personal, no por los cargos que desempeñó. Formó parte de los Consejos de Administración de algunas Empresas serias. En ellos huyó siempre de ocupar las presidencias, aunque creo que en algún caso se vió comprometido a aceptar la de una Compañía minera. Una vez que, durante la Restauración, se formó en Sevilla un Ayuntamiento de altura, del que fué alcalde el primer conde de Ybarra, don Miguel aceptó por civismo el requerimiento que se le hizo para que fuese teniente de alcalde, aunque él jamás se mezcló en política. Y, como era tan fiel cumplidor de sus deberes en todos los órdenes y de tan elevada capacidad intelectual, en seguida se puso al corriente de las Ordenanzas Municipales hispalenses y las hizo cumplir

en su Tenencia. Nunca se le olvidaron esas normas ciudadanas, y su infracción era de las pocas cosas que le alteraban hasta cierto punto. En adelante, cuando marchaba a pie y veía quebrantarlas por las calles a carreros, arrieros o vendedores ambulantes los amonestaba con suavidad pero con eficacia; y ellos, al ver a aquel señor de gran prestancia y de mucha autoridad natural, siempre de chaquet y sombrero de media copa al menos, se apresuraban a obedecer, no poco temerosos de haber tropezado con algún gran personaje oficial. Don Miguel sonreía satisfecho, no de ejercer un mando moral, sino de que se hubiera cumplido la Ley. Tal vez de joven había sido un poco presuntuoso. Su excepcional carrera lo explicaba. Pero esto se borró luego en él en absoluto.

Los muchos asuntos en que intervenía desinteresadamente en favor de unos y otros, y su posición social, lo relacionaban con las primeras autoridades de Sevilla, sobre todo con las eclesiásticas y militares. El era puntualísimo en guardarles las deferencias todas que pedía su rango, y no dejaba de cumplimentarlas en todas las ocasiones que eso era costumbre.

Don Miguel leía continuamente. Tenía una buena biblioteca y estaba suscrito a bastantes revistas. Sus cartas prueban la naturalidad, la corrección, la claridad, la elegancia y la cortesanía digna y exquisita con que escribía. Conversar con él era sumamente grato, aun en sus últimos años. Su caballerosidad y su nobleza le hacían interesarse vivamente por su interlocutor y por los temas que trataba. Y su espíritu universalista y amplísimo, abierto a cuanto merecía ser comprendido, le hacía seguir al día la marcha del mundo y entenderse perfectamente con la juventud, aun en su extrema ancianidad. Muy lejos de anquilosarse y de estancarse en lo mejor de su vida, que los hombres suelen llamar *su tiempo*, él se incorporó siempre psíquicamente a la época y al momento que atravesaba, y no se quedó anticuado jamás. ¡Cualidad rarísima y estupenda! En todo era muy igual; muy metódico, muy apacible, muy equilibrado, y siempre afable y correctísimo. En las costumbres propias intachable. Por las flaquezas morales de los demás mostró alguna vez cierta condescendencia teórica algo excesiva, sin duda reminiscencia de su antiguo cargo palatino y de sus tiempos de hombre de mundo.

La infanta doña Luisa Fernanda, lo nombró su albacea y *único* contador-partidor de sus bienes. Desempeñó admirablemente este difícil y muy delicado cargo, porque varias de las disposiciones testamentarias de la princesa descontentaron no poco a sus hijos. El infante don Antonio, a pesar de sus notorias deficiencias, mostró siempre para con él un máximo respeto y reconoció en todo momento la suma rectitud del coronel, aun cuando ésta afectaba a su amor propio en no escasa medida. S. A. R. la condesa de París, señora tan original en lo exterior como sólida en cuanto era de importancia, solía visitarlo en su casa cuando iba por Sevilla, y departía con él con todo agrado.

El conde d'Eu le escribía con invariable afecto; y la única sortija

que él usaba, además del anillo nupcial, era una esmeralda brasileña, regalo de este príncipe.

Fué don Miguel también muy buen cristiano, según las tradiciones de su casa y a tenor de los ejemplos que le daba su piadosísima consorte. Eran admirables el respeto, la seriedad y la devoción con que contestaba al rezo de ella al comenzar y terminar las comidas, o cuando recitaban el el Rosario y otras preces. Diariamente oía él misa, recibía los Sacramentos en las festividades principales y asistía de vez en cuando a las funciones y sermones vespertinos. Su compostura y recogimiento en el templo eran grandes, sin pecar tampoco de excesivos. A él se debió en gran parte el que la infanta dejase su Palacio de Telmo para Seminario, por ser pésimo el existente hasta entonces y por tener ya sus hijos sus palacios fuera de Sevilla. Al coronel Velarde y a su tacto e influencia se debió sobre todo el que el legado se hiciese efectivo sin oposiciones ni dificultades de gran importancia. Apoyó también decidida y prácticamente el coronel la fundación del diario católico *El Correo de Andalucía*, llevada a cabo en Sevilla por el santo y egregio Cardenal Spínola; y fué uno de sus primeros suscriptores, después de haber sido uno de los primeros que facilitaron para él fondos.

Vivió tan notable y tan completo varón hasta los 87 años sin ninguna clase de enfermedades. Conservó hasta el fin casi intactas sus magníficas facultades mentales y la mayor parte de las físicas. Serena, plácida y cristiana acabó su vida.

Tal fué el principal autor de los documentos procedentes de su archivo, que vamos a dar a conocer: un excepcional ejemplar humano, y uno de los más perfectos caballeros que puedan encontrarse o imaginarse; gran señor, sin pretenderlo, de cuerpo entero.

ENRIQUE M.^a DE VARGAS-ZUNIGA, S. I.

